

## **IV Domingo del Tiempo Ordinario y Fiesta de la Presentación del Señor**

**Mensaje radial de Monseñor Juan de Dios Hernández Ruiz, SJ, obispo de Pinar del Río, Cuba.**

Queridos hijos e hijas, soy Mons. Juan de Dios Hernández Ruiz, su obispo y pastor.

Hoy celebramos la fiesta de la Presentación del Señor, antes Purificación de María. Ambos títulos se refieren a Jesús. María y José llevaban al niño al templo para cumplir con la presentación del nacido y la purificación de María a los cuarenta días del parto. Simeón proclama que Jesús es el Salvador, el Esperado, la Luz, la Gloria de Israel. Luego profetiza el drama doloroso de la pasión. María sufriría con Jesús, que será signo de contradicción. La profetiza Ana se suma a la esperanza de Simeón.

Era tradición en Israel que la madre que daba a luz debía presentarse en el templo a los cuarenta días después de su parto para «purificarse», pues era idea común entre los judíos que la madre, al parir, quedaba «manchada» según la Ley, y debía presentar una ofrenda al Señor para purificar su alma. Y era entonces cuando las madres aprovechaban para ofrecer a Dios a sus primogénitos. María no necesitaba purificarse, porque Dios la había adornado de una pureza inviolada y la había preservado de toda mancha de pecado desde su concepción inmaculada. Y el Niño Jesús, por su parte, tampoco necesitaba ser ofrecido a Dios, porque era ya todo de Él desde el instante mismo de su encarnación y desde la eternidad. No obstante, María se somete libremente a las prescripciones de la ley mosaica y acepta purificarse. Y Jesús ofrece al Padre el acto de su filial obediencia y devoción presentándose a Él en el templo a los pocos días de su nacimiento. ¡Qué hermoso gesto de humildad y de obediencia amorosa a Dios de estas dos almas santísimas!

En casi todas las religiones de la historia se ha visto la luz como el símbolo de la divinidad y de la vida, y ha sido como una representación del mismo dios.

El cristianismo tomó entonces esta fiesta y este simbolismo y lo aplicó al nacimiento de Jesucristo, el auténtico «Sol nuevo», el único Dios verdadero.

Por su parte, Simeón y la profetiza Ana encarnan la esperanza de todos los que, en su tiempo, querían la liberación de Israel. Esa esperanza se cumple en Jesús al que tienen la suerte de conocer. Para Simeón ya todo es relativo

porque ha descubierto que Dios oye y cumple las promesas. En nuestro mundo sigue habiendo necesidad de liberación: hambres, guerras, desigualdades, maltratos, egoísmos... Como creyentes, ¿afirmamos nuestra esperanza en Jesús y con Él trabajamos por un mundo nuevo?

Con la presentación del Niño Jesús en el templo aparece una vez más la imagen de la luz para indicar a Jesús. Ya Isaías y los profetas habían empleado mucho este mismo símbolo, y lo seguirán haciendo luego los escritores sagrados del Nuevo Testamento y los Padres de la Iglesia. Jesucristo es «la luz de las gentes».—*lumen gentium*», como lo llama el primer documento del Vaticano II—. Cristo mismo se autoproclama la «luz del mundo» porque Él es el único capaz de disipar todas las tinieblas del mundo y de nuestro corazón.

Cristo es de verdad nuestra LUZ, nuestra vida y resurrección, nuestra paz y fortaleza, nuestro triunfo y nuestra esperanza cierta. ¡Con Él podemos volver a vivir!

Señor, ayúdanos a presentarte a los demás como María y José: en la sencillez, la humildad y el servicio. Que mantengamos, contra viento y marea, la esperanza de los ancianos Simeón y Ana. Que podamos experimentar la alegría de saber que son muchos los que trabajan, desde el seguimiento de Jesús, para liberar las cadenas que oprimen y deshumanizan nuestro mundo.